

asunto;—sea como quiera, yo no me prestaré á unos sentimientos capaces de comprometer á mi hija. A la menor sospecha se lo comunicaré á mi yerno y ya os desenredaréis los dos como os parezca.

Y volvió la espalda al arquitecto, que se quedó frente por frente al derrumbadero; como las piedras no tenían nada que decirle, las miró con desdén y se volvió hacia el mundo civilizado.

Esto le dió que reflexionar, porque la señora de Guerbois, si no ponía sus amenazas en ejecución, sería, por lo menos, un obstáculo constante. Más valía esperar la vuelta á París, aquel París tan cómodo, que tenía hasta siete caminos diferentes que conducían de su entresuelo á la morada del contratista.

Tomó el tren de la noche, encontró á Duval, le hizo otros dos pequeños servicios durante el día. Duval lo convidó á comer en un sitio donde se comía muy bien, y no volvió más á Dieppe.

Al cabo de algún tiempo, se aburrió Norina de tal modo, que prefirió volver á París. La presencia de su madre, se le había hecho insoportable desde que ésta, no desperdiciaba ocasión de hablarle mal de Muriet.

Más inocente que su hija, la digna madre se había imaginado que se desvía la imaginación de una mujer rebajando al que la busca.

La señora de Guerbois, que se encontraba bien en Dieppe, se quedó de veraneo con sus hijos, pero Norina se llevó á sus criados. Al cabo de cuarenta y ocho horas de comer en fonda, la madre de familia volvió toda asustada de lo que cuesta vivir fuera de su casa, su hija se rió para sí; ya se había permitido ese placer inocente, y á partir de ese momento empezó la vida que había bosquejado el invierno precedente.

XXVI

Una noche de diciembre, la señora Duval soñaba sola junto á la chimenea. Algunos días antes había celebrado el aniversario de su casamiento; y recapitulando su vida, se decía que este año, después de todo, no le había traído grandes placeres.

Su marido comía fuera, comida de hombres en casa de un arquitecto; para ella era lo mismo que tenerlo frente á sí, en aquel comedor que parecía demasiado grande para los dos solos; sin embargo, no podía menos de pensar, que es muy aburrido estar sola. Su pensamiento se dirigió naturalmente á Muriet, pero Muriet comía también en otra parte; la joven, se dijo que los hombres son todos lo mismo, cuando se trata de sus intereses ó de sus placeres.

Su pensamiento vagabundo fué á buscar al matrimonio Breteuil. ¡Aquellos eran felices!

La señora de Breteuil no se hallaba nunca sola, sino cuando quería; tenía á su lado amigos y amigas jóvenes y viejos, que no podían sino serle agradables, y que habrían hecho mucho por evitarle una pena.

Siguiendo la pendiente natural de los Breteuil, fué su pensamiento á los Reyer.

¡Otro matrimonio tonto; gentes que se divertían en su casa, que iban á tener un niño! ¡Es bastante estúpido tener un niño! el primero sobre todo, no hay ridículos que los padres no hagan por ese pequeño ser, colorado y desagradable... Norina no tenía hijos ¡á Dios gracias! y esperaba no tenerlos jamás.

Sin saber cómo, de pronto, la imagen de Justino Lignón vino á mezclarse á estos pensamientos bastante inoportunamente; porque fué rechazada con cólera,

como se podía esperar; pero era una imagen terca, más que su original, y volvió hasta que Norina, no pudo arrojarla.

¡No hubiese sido Justino el que hubiese dejado á Norina sola durante una larga noche de invierno! ¡él la amaba! y hubiese hecho de él lo que hubiera querido, sólo con sonreírle de cierto modo, que sabía muy bien; y se sonrió mirándose en el espejo.

La sonrisa era irresistible, se aseguró de ello una vez más; sus ojos tan azules como antes tenían una expresión, más reconcentrada, pero podía á voluntad devolverles la inocente mirada que había engañado á tantos... Sin embargo, no podía disimularsele; á pesar de todo esto, no tenía amigos; nadie, entre las personas á quien trataba se interesaba por ella, y pocas señoras la invitaban.

Podía asistir los días de recibo, á cuantas casas quisiera; pero penetrar en el mundo de las grandes reuniones, era más difícil.

Para eso hacen falta amigos que os presenten, ó bien cierto mérito que os haga simpática á los que os reciban. Norina no tenía amigos, y su lindo rostro, un poco común, no era de los que producen sensación en un baile. Demasiado linda, para agradar á las mujeres, no era bastante notable para ser solicitada por su belleza ó por su brillo.

Se veía pues en los confines de la sociedad sin poder penetrar; su torpeza y su falta de conversación le impedían siempre figurar y la fortuna que había pagado con su persona, no era nada entre las fortunas que ya codeaban sin verla.

Todo esto no era alegre, y Norina suspiraba; después su melancolía se aumentó con un poco de rabia hacia su marido.

En adelante, su marido sería ya un enemigo. Los lazos del matrimonio eran los que como una espesa crisálida, detenían las alas de mariposa que la señora de Duval sentía crecer.

El marido era quien no quería ir á los teatritos, el que había rehusado dar bailes, quien no quería recibir un día por semana, que se había puesto á reír cuando Norina le había hablado de ir á pasar el invierno á Niza, que se había pasmado ante la idea de verla aprender á montar á caballo, que la ponía en ridículo cuando llevaba trajes demasiado llamativos, que recientemente al recibir una factura de la modista, había declarado que ya había bastante para aquel invierno, y que no daría un cuarto más para trajes, hasta la primavera.

Era Duval también quien había imaginado no llenar la bolsa de su mujer, después de haber constatado que se vaciaba demasiado pronto, y quien le había dicho tranquilamente:

—Tendrás cien francos todos los meses para divertirte, y si quieres trajes nuevos, cómpratelos con tus economías.

¿Qué economías se podía hacer con veinticinco francos por semana?

Norina en dos meses de casada, se había vuelto horriblemente gastadora. Los primeros cincuenta lises, que había encontrado en su escritorio al siguiente día de su casamiento, habían permanecido intactos seis semanas; porque no sabía qué comprar; pues nunca había comprado más que rábanos ó ensalada y tal vez algún par de guantes de hilo de Escocia ó de lana.

Pero cuando había puesto el pie sola, en un gran almacén de novedades, había llenado sus cajones y su cuarto, de cachivaches inútiles y de mal gusto.

Por eso se encontraba siempre desocupada su bolsa; ¿qué más natural, pues, que Duval se negase á llenarla?

Por de pronto, tenía que ajustarse á la cantidad señalada y rabiaba con todas sus fuerzas sin poder hacer nada y á fuerza de rabia, estalló en llanto.

De pronto llamaron.

Había comido temprano, porque su cocinera, que le daba un poco de miedo, la despachaba lo más pronto posible, cuando el «señor» no comía en casa».

El reloj señalaba apenas las nueve.

¿Quién sería el amigo, el salvador que venía á pasar la noche con la desgraciada abandonada?

Se abrió la puerta del salón y la doncella anunció:

—El señor Guerbois!

Norina, que se había incorporado en el sillón en su alegre espera, se volvió á dejar caer.

¡Su padre! ¿era ese quien podía distraerla?

El señor Guerbois entró, besó á su hija en la frente, y se sentó sobre un sillón de raso, color de oro viejo, en frente de ella.

Había llovido, y los vestidos del buen hombre estaban mojados; Norina pensó que su rico mueble perdería con esto; pero después de todo, ¿qué le importaba? Que Duval hiciese cambiar sus sillones cuando no los encontrase en buen estado.

El padre no necesitó mirar á su hija para comprender el empleo que acababa de hacer de sus ojos.

—¿Estás enferma?—le dijo con el ronco tono que había adoptado con ella, desde la ruptura de su casamiento con Lignón.

—No, gracias papá—respondió la joven con gran ceño.

—Entonces, tienes penas, ¿qué te sucede?

Norina hubiese debido pensar que no podía imaginar peor confidente que su padre para el género de penas que sentía; pero además, que no era ni muy inteligente ni muy perspicaz, se encontraba, en uno de esos momentos de desesperación en que las gentes débiles, se arrojan con la cabeza baja sobre el primer par de oídos, aunque sean los menos propios para escuchar la narración de sus penas.

Se lanzó sobre los resentimientos que tenía de Duval y barboteó dentro, como perro que se baña. Los agarró por la cola, por la cabeza y por en medio, enredándolos todos, como un gato que ha metido las cuatro patas en un gran ovillo de hilo; dando explicaciones superfluas, y omitiendo las necesarias, llorando y sonándose hasta que su pañolito pareció haber sido empapado en una botella de agua; cuando por fin se detuvo, avergonzada de haber llorado tanto, hablado y recriminado, con la vaga impresión de que hubiese hecho mejor callándose y economizando su pañuelo.

El señor Guerbois la había escuchado sin interrumpirla con las cejas fruncidoras y los ojos fijos en el suelo. Cuando hubo acabado; guardó silencio un instante, después levantó la cabeza.

—Hija mía—dijo,—cuando cometiste la mala acción de despedir á ese pobre Lignón, para casarte con el señor Duval, te previne que no debías quejarte jamás del que has escogido. Era fácil suponer, que un hombre de mucha más edad que tú, de costumbres diferentes no se sometería á tu voluntad, sino que te obligaría á la suya. No podías ignorar eso; pero no quisiste preocuparte de ello, alocada como estabas por la idea de hacerte rica. Ahora ves que la riqueza no evita tener penas. En todo lo que me has dicho sobre tu marido no veo nada de particular ni exagerado:

si aprieta los cordones de la bolsa, hace bien; como no has sido educada para gastar no harías sino tontearías. La riqueza requiere su práctica, como todo; esa práctica se consigue con el tiempo. En cuanto al carácter, cualquiera que sea el de mi yerno, no será tan desapacible como el tuyo; y además, no tienes buen corazón. No me extraña que el señor Duval no esté satisfecho de ti. Me atengo á lo que te dije hace un año: «No te quejes de tu marido, porque te expondrías á oír duras verdades.»

Ella se contentó con tomar su aspecto enfadado y bajar la cabeza en silencio.

—He venido para anunciarte una noticia—repuso Guerbois tranquilamente.—Hemos sabido hace poco que Justino Lignón se casa...

Norina se estremeció; jeso era verdaderamente muy duro! Había esperado secretamente que su pobre ex-prometido sería desgraciado por ella hasta la tumba.

—Se casa—repuso el señor Guerbois con una satisfacción irritada.—Se casa con una honrada joven, una profesora, que posee una pequeña dote, además de su posición; no serán tan ricos como tú, pero ella es más rica de lo que tú eras, y, desde todos los puntos de vista, hace mejor negocio que con nosotros. Tiene veinticinco años.

Norina hizo una desdeñosa mueca. ¡Una solterona!

—También los tendrás, pierde cuidado—dijo su padre que sabía leer en su cara;—deseo que entonces tengas el saber, la dulzura, la prudencia y la economía de aquella persona.

—¿Cómo habéis sabido eso?—dijo Norina con despejo.

—La señora de Breteuil me lo ha dicho hace poco;

la he encontrado al salir de la oficina, creía no sin razón (y le agradezco que haya pensado en ello) que me alegraría de saber que ese pobre muchacho había encontrado un hogar y un porvenir. En efecto, desde que lo sé me siento como descargado de un gran peso. Tenía un gran remordimiento sobre mi conciencia; y me reprochaba la desgracia de un hombre honrado. Ahora, estoy ya completamente tranquilo. Creo que debes estar contenta de saber que el mal que has hecho, está reparado. Me parece que, en tu lugar, no hubiese podido dormir con sosiego; y ahora, hija mía, buenas noches.

Dió un beso en la frente de Norina y se fué con su paso de hombre bueno, sereno, satisfecho de haber cumplido con su deber.

La joven se quedó aterrada. ¡Esto era demasiado! ¡Cómo! ¡Justino se casaba! se permitía ser dichoso, tener una familia y vivir en un honroso desahogo! ¡Pero todo el mundo conspiraba contra ella!

Fué á su cuarto, cogió otro pañuelo, se acostó y lloró durante un cuartito de hora, después se durmió!

El día siguiente, debía ser fatal para Norina; en la comida de hombres solos que la había privado de la compañía de su marido, éste había trabado conocimientos con un antiguo amigo de Muriet; aquel que dos años antes se forjaba pocas ilusiones sobre el arquitecto, y después las había perdido por completo.

Rouffier no era precisamente lo que se llama un hombre de mundo; decía todo lo que pensaba sin preocuparse de las consecuencias. Seguro de no decir nunca más que la verdad, y no temiendo ser desmentido abusaba á veces de su franqueza un poco cruel. Al oír pronunciar por Duval el nombre de su amigo

Muriet, había mirado al contratista con cierta atención; éste que era listo lo notó.

—Tú estás enterado de algo que me conviene saber—se decía—y algún día me lo explicarás.

No era muy difícil para un hombre como Rouffier.

Sin embargo, Duval no avanzaba sino con prudencia, lo que dió á Muriet el beneficio de algunos días de engañosa seguridad. Después, una mañana se encontraron almorzando juntos en un buen *restaurant*... La casualidad y Duval lo habían querido, Muriet debía irse con cuidado.

¡Caprichosa ironía del destino! Se trataba de Muriet y fué Norina la más atacada. Desde el primer empuje de Duval, Rouffier, de mal humor, declaró que un rasgo sólo daría á conocer al personaje.

—Ha presentado, en una honrada familia, un joven, un cierto Lignón, un alma de Dios, un cordero como ninguno. Todos lo queríamos, era un poco ambicioso; pero no hay mal en eso. El pobre muchacho se ha enamorado de la hija de la casa, dicen que es muy bonita. La familia no tenía un cuarto; Lignón ha pedido la mano de la señorita, la ha obtenido, todo iba por lo mejor, iba á casarse, cuando ha caído un señor, no sé de dónde, ni cómo se llama, rico y además, según parece, hombre de negocios; en fin, un hombre como Muriet podía necesitar. Pues bien, Muriet que había presentado á su amigo en la casa, ha aconsejado á la joven y á la madre los medios más adecuados para romper con Lignón, á fin de poder arreglar el casamiento con el otro, con el señor rico.

—¿Quién os ha contado esa historia?—preguntó el contratista que era amigo de interesarse.

—¡El mismo Muriet! ¡Caramba y se moría de risa. Nos lo contó una noche en el café, yo quedé irritado,

no conocía á esos Guerbois; pero lo cierto es que Lignón fué bien burlado...

—¿Guerbois habéis dicho?—interrumpió Duval.

—Guerbois, sí, ¿los conocéis?

—Creo que sí—respondió fríamente el antiguo albañil, que se sintió súbitamente volver al hombre de hacía veinte años.—¿Tenían una casa de campo en el Bosque de los Palomos?

—¡Justamente! allí fué donde el pobre Lignón se enamoró á primera vista.

—No deben ser los que yo conozco—dijo Duval que se puso amarillo; pero aun bastante dueño de sí mismo para mentir con aplomo; ¿y estáis seguro de lo que decís?

—¡Sí estoy seguro! ¡Si no lo estuviera, me callaría!—dijo Rouffier un poco resentido.—Además hay treinta personas en París que os hablarán lo mismo, sin contar el señor y la señora de Breteuil que por esto ó por otra cosa han cesado de recibir á Muriet. Conocéis á los Breteuil, pedidles noticias y os las darán más extensas que yo.

Duval, que sabía más de lo que hubiese deseado, continuó almorzando, y después de haber encendido un cigarro, se marchó á sus trabajos. No encontró á Muriet, á quien hubiese dirigido preguntas desagradables; todo fué bien y volvió á su casa sin accidente.

Desde la mañana siguiente, combinó un plan de ataque del que pareció quedar muy satisfecho. La comida acabada, los criados volvieron á la cocina, para comer y hablar mal de sus amos, según inveterada costumbre. Y Duval preguntó á su mujer sin levantar la voz:

—¿Quién era aquel muchacho que ví en casa de tus padres, la primera vez que he comido allí?

—¿Qué muchacho? — preguntó Norina que sintió que le quemaban las orejas.

—Mientras comíamos,—repuso tranquilamente el contratista, que tenía buena memoria,—vino un señor que dijo que ya había almorzado; tomó un vaso de vino y un trocito de pastel; tus hermanitos parecían estar muy bien con él y lo tuteaban, ¿quién era aquel muchacho?

—¡Ah! ¿aquél? era el señor Lignón—respondió Norina afectando una negligencia muy marcada.

—¿Por qué no ha venido á nuestra boda? parecía tener intimidad con la familia—repuso el cauteloso Duval.

—No lo sé, estaría tal vez ausente de París.

—Pero no estaba en la lista de las invitaciones.

—Lo habrán olvidado—dijo trabajosamente Norina que no estaba hecha á aquel juego.

—¡Ah!—respondió Duval.

Después de un corto silencio, repuso:

—¿Como lo habías conocido?

Norina había oído decir siempre, que la franqueza era la mejor habilidad; no quiso, pues, mentir.

—Por el señor Muriet—repuso fijando sus turquesas sobre su señor y dueño.

—¡Ah!—exclamó otra vez Duval—¿y vos lo conocíais mucho?

—Bastante.

—¿Pero con intimidad?

—No precisamente...

Aquí la mayor habilidad no hubiese librado á Norina dada la situación.

—¡Embustera!—dijo el contratista dando un puñetazo sobre la mesa.—¡Embustera! ¿cómo es preciso entonces conocer á las gentes para casarse con ellas?

La dulce oveja quedó cogida en una sólida trampa; se quedó cortada, no sabiendo á qué lado volverse.

—Tú eras la prometida de ese bobalicón, cuando he ido á tu casa por primera vez—repuso Duval mirando á su mujer con unos ojos que no tenían nada de tiernos.—Conjugabais el verbo amar; pero con amor sólo, no se echan buenas pantorrillas! Entonces tú te has dicho: he aquí un señor que es rico y me convendría mucho más, y has dejado al otro tranquilamente. Dime, ahora, pobre angel, querida inocente, ¿osas aún mirarme con tus ojos de niña?

Hizo un gesto tan amenazador que Norina metió la cabeza entre los hombros como si hubiese recibido el aire de un bofetón; se cruzó de brazos y la miró con inexplicable desdén.

—¡Hace falta tener un alma interesada! ¡se necesita tener desfachatez, para despedir á un señor, á quien se ha dado su palabra, únicamente porque se ha presentado otro más rico! ¡Pero dímelo, desgraciada, no lo habrás despedido hasta después que yo he pedido tu mano! no habrás sido tan tonta para quedarte sin él antes de estar segura de tenerme á mí ¿eh?

La señora de Duval no oía una palabra de lo que le decía su esposo; con la cabeza baja, y los oídos voluntaria y firmemente cerrados á todo sonido, pensaba que todo el mundo, Duval, Lignón, su madre y el indiscreto que lo había repetido todo, debían irse juntos al diablo.

—¿Me oyes?—dijo el contratista sacudiéndola por el brazo.

Ella se desprendió, ocultó la cabeza entre las manos, y, deshaciéndose en lágrimas, sollozó:

—¡No es culpa mía: yo no he hecho más que obedecer á mi madre!

—¡Tu madre! ¡buena está tu madre! mañana le diré mi modo de pensar. ¡No será tu madre la que te ha dicho que pusieras ojitos de azúcar para pescarme! y si te lo ha dicho, la has obedecido perfectamente. Hay que reconocer que tenías disposiciones. ¡Y aquel tonto que os dejó hacer! si me hubiereis jugado á mi semejante pasada, te hubiese cruzado la cara con mi látigo.

Y cortó el aire con un gesto que hizo temblar á Norina.

—¡Y no te ha pedido amplias satisfacciones ese pobre imbécil! ¿eh? ¿Ha aceptado eso de tu mano?

—¡Va á casarse!—dijo Norina con sorprendente presencia de ánimo.

Esta conclusión, pareció tan graciosa á Duval que después de haberse quedado un instante con la boca abierta, lanzó una enorme carcajada.

—¡Ah!—dijo poniéndose en jarras. — ¿Se casa? ¿quién te lo ha dicho?

—¡Mi padre—respondió la joven con tono mal humorado.

—¡Tu padre! Tu padre es un hombre de talento.

¡Ah! ¿tu enamorado se casa? Pues bien, me alegro mucho, porque eso ha debido disgustarte atrocemente.

Norina, viendo que ya no estaba amenazada, volvió á adquirir toda su sangre fría.

—No sé—dijo—por qué me proporcionáis este rato tan desagradable y por qué sois tan poco cortés. Me habéis interrogado, os he contestado con franqueza; me dirigís reproches porque he sido prometida á otro antes que á vos, eso no es justo. Yo era muy joven y mis padres habían dispuesto de mí sin consultarme; os habéis presentado y han encontrado vuestra alianza más ventajosa; han roto el primer compromiso y os

han aceptado: no tengo nada que ver con eso. He obedecido, es preciso verdaderamente ser inclinado á pensar mal, para hacerme reproches de mi obediencia.

—¡Caramba!—dijo Duval,—hablas mucho cuando quieres, y sin parar. Está muy bien lo que me acabas de decir, gatita mía; pero olvidas que conozco tu carácter; que si yo soy terco como un pollino, tú lo eres como dos; que tu dulzura está toda por encima como el pelo de una alfombra; que aunque de la provincia no soy un bestia, y que tu obediencia consiste en aceptarla cuando te conviene.

Norina cesó de llorar; ya, ¿para qué?

—Pues bien, monina, he aquí la conclusión de mi discurso. Tenía en ti una gran confianza. Conocía todos tus defectos; pero te creía honrada, y aun diré que tu honradez me hacía perdonarte todo lo demás. Desde el momento en que has podido vivir con tu marido durante un año entero, sin hablarle de una cosa que debía sin embargo pesar sobre el corazón; sin que nada haya traicionado esta antigua historia, que no había sucedido sin revolucionarte un poco, es que tienes una gran habilidad para el disimulo, y mereces que se te ate corto. Te ataremos, mi bella niña. No permitiré á la señora Duval que me juegue malas pasadas, ¿lo entiendes? Queda dicho una vez para todas. Míralo bien antes de decirme una mentira, porque te juro que no te la llevarás al paraíso.

Y se fué cerrando la puerta con furia. Norina tenía tanto miedo de él que estuvo dos horas sin moverse. Cuando recobró un poco de tranquilidad, fué á acostarse, sin ruido, y no volvió á ver á su marido hasta el día siguiente, cuando empezaba á clarear.

Estaba sombrío y misterioso, apenas le dirigió la palabra, no sin mirarle de reojo, y no comió en casa

durante dos días. Salía en coche por la mañana y la dejaba á la hora de cenar.

Además la bolsa de Norina estaba vacía; por más que la dejó sobre la chimenea, él hizo como si no la viera, la hizo caer al suelo, donde devolvió el sonido más hueco que se pueda imaginar.

Duval no lo oyó; desesperada salía Norina para pedir prestados veinte francos á su madre.

La señora de Guerbois recibió á su hija de tal modo, que desde la primera mirada comprendió ésta la inutilidad de pedir veinte francos, ni aun veinte céntimos á una persona tan encolerizada.

—¿Eres tú quien ha dicho á tu marido, que te hemos obligado á casarte con él? — dijo la matrona; ha venido á darme un disgusto horroroso; ¡hasta nos ha reprochado los servicios que nos ha prestado y los regalos que nos ha hecho! ¡Es un buen señor tu marido! felizmente, tu padre no estaba aquí, porque no sé lo que hubiese pasado. Y tu nos hechas la culpa á nosotros...

—Pero, mamá, ¿que es lo que le podía decir?—objetó Norina.

—¡A mí qué me importa! eso es cuestión tuya. No tenía necesidad de mezclarme en tus cosas. El primer mérito de una mujer casada, hija mía, es vivir bien con su marido; si tiene disgustos con él, ocultarlos á todo el mundo, á fin de que nadie piense ni diga que si es desgraciada, es por su culpa.

La lección, continuó durante algún tiempo, pero Norina que no era amiga de principios filosóficos, la cortó con una salida tan inconveniente, que su madre le rogó que no volviese á incomodarse más, en venir á verla. La joven tuvo que volverse á su casa á pie, porque no tenía ni aun con qué tomar el tran-

vía, y como el paseo era largo y el tiempo desastroso, tuvo, más de una vez, ocasión de recordar la época en que hacía largos trayectos á pie, bajo la lluvia, con un viejo paraguas en los buenos tiempos en que no era aún sino la pequeña Guerbois.

Aquel tiempo parecía ser ya muy remoto y Norina casi lo echaba de menos.

No era nada volver mojada, llena de fango, cuando no tenía doncella para desnudarla; ella sola estaba en el secreto de sus penosas caminatas. Por ahora tendría que soportar la extrañeza de la criada, que lanzaría exclamaciones de asombro.

Norina tenía miedo de sus criados, había comenzado por ser impertinente con ellos; pero sin aparentarlo, la habían colocado en su sitio, mediante una sumisión insolente, casi impecable, y la joven dueña de casa, se había sentido incapaz de luchar con ellos.

Por estas razones, al llegar á su casa, llamó con una especie de rabia.

El criado que vino á abrirla la miró de arriba á abajo como á una pobre; después, reconociéndola, se separó obsequiosamente.

Norina subió, llamó á la doncella, ordenó que la desnudara; se vistió el más lindo de sus peinadores, para consolarse, y se sentó al lado del fuego para quitarse el frío; entretanto, en la cocina se comentaba su aventura.

—Ya lo creo; se ha visto obligada á salir á pie porque hace ocho días que no tiene un cuarto—dijo la camarera.

—¡El amo le ha impuesto penitencia! —exclamó la cocinera que murmuraba de su amo, porque éste no le permitía sisar más que hasta ciertos límites, que por cierto, eran bastante largos.

Norina no oía estas conversaciones ni se preocupaba de ellas; estaba demasiado llena de sí misma, para mortificarse por nada que no la afectase directamente; reflexionaba con tristeza, esperando la vuelta del amo.

Era verdaderamente amo; todo lo tenía en sus omnipotentes manos; á menos de rebelarse contra él, lo que no servía de nada era preciso bajar la cabeza.

Norina no era amiga de humillarse; los que viven de vanidad, que hacen de sí mismos el eje del mundo, se sienten humillados á cada instante, y lo son en efecto. Norina había sido creada por la naturaleza y perfeccionada por sus propias manos, para sufrir todas las humillaciones y darse cuenta de ello de un modo doloroso.

—¿Buscar una reconciliación con el amo? Era necesaria. Le esperó palpitándole fuertemente el corazón.

Lo detestaba; cuanto más comprendía que era preciso mostrarse amable y mimosa, más lo aborrecía.

Entró por fin, un poco antes de la hora de comer, y Norina oyó el carruaje rodar por el vestíbulo; volvía en coche mientras que ella se había mojado de pies á cabeza.

Se presentó severo y ceñudo como lo estaba hacía tres días, y ella se levantó para aproximársele.

Cuando estuvo cerca, levantó los brazos y los pasó alrededor del cuello de su marido.

—¿Estás enfadado todavía?—le dijo con su gracia hipócrita.

Duval la apartó sin brutalidad, y la mantuvo á corta distancia para mirarla.

Un poco pálida, por su expedición acuática, y también por el temor, estaba más bonita que nunca; su

boca sonreía, sus ojos acariciaban; sus brazos estrechaban el cuello del amo...

—Sí—dijo Duval con amargura,—me acaricias porque te he cazado, como se caza á los animales; por hambre. No tienes coche, no tienes dinero, te aburres y quisieras volver á tener lo que tenías. No has tenido un buen impulso en estos tres días, Norina, ni uno. ¡No te has preguntado si yo había tenido pena al saber que había sido manteado! ¡Eres muy bonita! hija mía; pero no tienes más que eso, y yo merecía algo más.

Norina escondió su cabeza en el hombro de su marido, y haciendo este gesto de arrepentimiento, pensaba:

—Si pudieras coger una tifoidea, ó el cólera, yo sería libre y tendrías tu dinero.

—Amigo mío—murmuró apelando de pronto á su voz angelical.—Hay que perdonarme, he sido mal educada...

Duval no parecía oírlo; volvía á ver la pobre morada donde había encontrado á la que llevaba su nombre y compartía su suntuosa existencia. Como un hombre que se ahoga, reunió rápidamente lo que había pasado desde aquel día; las penosas escenas de la vida conyugal le aparecieron como otros tantos relámpagos iluminando su espíritu con una lúgubre claridad.

El contratista no tenía ni tierno corazón ni alma delicada; pero era un buen hombre; aunque muy poco escrupuloso en negocios, le gustaba hacer bien á los demás, adoraba á su anciana madre, y de pronto pensando en la buena mujer, sola en su casita, allá abajo en la Creuse, tuvo un momento de enternecimiento. No era así, como ella había vivido con su marido, el anciano albañil, á veces reñían; pero en el fondo se amaban y se complacían mucho.

—Escucha—dijo Duval á su mujer con voz conmovida;—estamos casados para toda la vida; no vamos á disfrutar continuamente; pero es necesario que te diga una cosa. Cuando te has casado conmigo, hubieras podido hacer de mí lo que hubieras querido; te amaba como padre y como marido. Si hubiese visto en ti una poca de amistad, un poco de agradecimiento, se hubiese avivado mi amor hacia ti. Me parecía que bien podías quererme un poco por todo lo que te daba. Has querido echarlas de gran señora que de nada se admira. Era estúpido, por tu parte; pero me he dicho que estúpido no es un crimen, y me he consolado. Cuando he visto desfilar todos tus otros defectos, y tienes una bonita colección, pensaba que te quedaba una cosa, la honradez; aun lo he dicho á los señores Breteuil... ¡Dios mío, qué ridículo han debido encontrarme! ¡Aquellos sí que te conocen bien! Desde que he sabido lo que tú sabes, no creo en nada, no veo nada en tí. Sigues siendo una hermosa mujer, es verdad; pero no tienes más que eso; sería mucho si no estuviésemos casados; pero lo estamos y...

Se detuvo pensativo, después repuso al cabo de un momento, hablando siempre por encima de los cabellos de su mujer que no lo había dejado:

—¡Me dices que lo sientes, no sé si te creo ó no te creo! ¡es muy triste! yo daría mucho por tener aún confianza en ti; en fin, ya volverá quizás!

Exhaló un suspiro y aseguró su voz.

—He aquí como viviremos, y ya sabes que soy terco, te he prevenido. Harás lo que yo quiera sin demostrar caprichos ni mal humor. Si me desobedeces, ó te enfadas, te corto los víveres. No más dinero, no más convites, ¡nada! hasta que sepas cumplir tus deberes, quiero una vida tranquila y la tendré. Por lo demás, te

aconsejo que no hagas lo que no debes, porque no me entretendré en vigilarte; pero si alguna vez te cojo en algo malo, no titubearé un minuto en romperte la cabeza ó retorcerte el pezcuezo. Hay una cosa, que no harás conmigo, Norina, mi palabra de honor, ¡acuérdate de lo dicho! y ahora, vamos á comer.

Se desprendió de los brazos de su mujer, sin brusquedad, pero con energía, y se dirigió hacia el comedor.

Al día siguiente, Norina encontró dinero en su bolsa y el carruaje á sus órdenes. Volvió á seguir poco más ó menos su existencia ordinaria, sólo con la diferencia de que todas las atenciones, todas las palabras afectuosas de su marido, habían desaparecido. Tenía la prosa de la vida; pero no tenía ninguna de sus dulzuras.

Esto le importaba poco, con tal de poder disfrutar de las ventajas de su fortuna. Pero si tenía el coche, su marido se lo dejaba sólo cuando no tenía él nada que hacer; su cotidiano paseo alrededor del lago, había desaparecido de su horizonte.

Había separado de su vida todos los pequeños sacrificios que hacía antes á su mujer, y un día que ella se extrañaba:

—¿Qué quieres?—dijo,—como era yo sólo el que se sacrificaba, he concluído por aburrirme.

La señora de Duval no había endosado este nuevo arreo sin respingar, se había sublevado muchas veces y á menudo; pero como cada vez se había visto disminuir las provisiones, volvía nuevamente á su deber. Sin embargo esta existencia se le hizo intolerable.

Muriel se presentaba bastante á menudo, pero su comportamiento era siempre el mismo; era imposible decir más claramente á una mujer:

—Querida señora, estoy á vuestras órdenes, y haremos, cuando queráis, un pequeño viaje al país del amor; pero en cuanto á arrastraros no lo haré, no quiero incurrir en ninguna responsabilidad.

Norina no deseaba más que ser arrastrada; pero toda acción decisiva, repugnaba á su naturaleza; no tenía más afición á las responsabilidades que el arquitecto, de modo que estaban uno frente á otro en coquetería organizada, jugando á quien rompería la marcha.

Esto bastó para distraerlos aún, diez y ocho meses más.

¡Desgraciados, enloquecidos por un amor indomable, infortunados que la primera mirada cambiada con el ser amado, ha lanzado fuera de sí y puesto en peligro de falta, los que pensáis en morir, que tenéis deseos de matar al objeto de vuestra pasión, á fin de que no siendo vuestro, no sea de nadie! Vosotros, los que no queráis tocar la mano de vuestro ídolo, estimando que si no lo habéis de tener por entero, no profanaréis el amor por satisfacciones inferiores, vosotros á quienes el cetro del honor y el deber mantiene sólo al borde del abismo y que salís vencedores de una lucha suprema; vosotros, los que cogéis vuestra cabeza entre las manos, arrancándoos los cabellos de desesperación por haber resistido á la tentación que os hacía la caída tan dulce y fácil; contemplad y aprended! ¿Por qué no os hacéis semejantes á esta mujer que ha permanecido ingenua después de casada?, ¿á este arquitecto lleno de tranquilas virtudes?

Así se pasaba el tiempo para estos enamorados que no ardían en deseos de ser amantes.

No por eso tenían mérito ninguno; preferían esta situación que no les costaba ni deseos ni sentimiento.

XXVII

Pero una existencia tan equilibrada, no podía menos de atraer la cólera de los dioses; éstos no gustan de ver á los humanos, disfrutar de una felicidad tranquila; y parecen atizar las luchas intestinas que el buen Homero ha contado como testigo verídico.

La felicidad de Norina no era sino muy relativa.

Duval no era más agradable que en lo pasado, al contrario; el peso de los años, suspendido hasta su casamiento, parecía haberse desplomado pesadamente sobre él. Engordaba, se ponía somnoliento después de las comidas, y se había fijado definitivamente en la piel de un hombre grueso buen vividor y vulgar. Los gustos del antiguo albañil se apoderaban de él y llevaba á comer á hombres vestidos en la Belle Jardinière, cuyas manos, aunque muy limpias, revelaban el asiduo uso de la paleta y del nivel.

Le gustaba la sociedad de estas buenas gentes inferiores, junto á las cuales se encontraba á su gusto; ningún hombre está al abrigo de los efectos del amor propio. Duval, como todo el mundo, era amigo de las alabanzas; le gustaban un poco groseras; no era culpa suya, como él mismo decía; no había salido de él de un muslo de Júpiter.

Había rodado insensiblemente por la pendiente en que le han precedido y le seguirán tantos como se han hecho ricos tarde: le gustaba rodearse de inferiores. Este es el escollo de casi todas las fortunas y altas posiciones; vuestros iguales no os hacen buena acogida; los hombres, sociables por excelencia, buscan á su alrededor, compañeros dispuestos á admirar sus he-